

El relato que hizo la señora de Lefrançois á las personas de la casa del accidente ocurrido á su marido, no encontró incrédulos al principio y el médico de Favieres, el respetable señor Routier, á quien se llamó por la mañana, pareció aceptar como satisfactorias las explicaciones de Florencia. Escuchó la relación de la señora de Lefrançois, examinó con mucha atención al herido, hizo que le enseñaran el mueble contra el cual se presumía que había recibido el golpe, y no disimuló que el caso era casi desesperado. Había fractura del temporal, derrame del cerebro y pérdida de la sensibilidad. Lefrançois no había recobrado el conocimiento á pesar de la enérgica medicación que con él se usaba, y permanecía echado, con la cara contraída, los ojos fijos, la respiración muy corta y en completa inmovilidad.

— Puede morir así de un momento á otro, dijo el médico. Sería conveniente hacer venir un sacerdote. Yo no puedo hacer nada y no volveré hasta esta noche.

Ya sola, Florencia se puso á reflexionar. Para la servidumbre tenía que adoptar el aspecto de la más sincera pena y convenía desde luego seguir el consejo del médico y llamar un sacerdote. Sus meditaciones fueron interrumpidas por la visita de los amigos de su marido, Thiboré y Malversin, que advertidos por el guarda del castillo, se habían apresurado á presentarse. Los dos esperaban con ansia recibir noticias exactas, porque no creían en la gravedad desesperada del estado del alcalde, y en cuanto vieron á Florencia, se lanzaron hacia ella :

— ¡Y bien, señora, ¿qué ha sucedido? ¿No podemos ver al señor Lefrançois?

— ¡Ay! No ha recobrado el conocimiento, dijo la joven.

— Pero ¿qué, tan grave es el caso? ¿De qué se trata? ¿Es una congestión? preguntó el antiguo boticario.

— No puedo explicar á ustedes lo ocurrido. Encontré esta mañana á mi marido caído en el suelo y con un golpe terrible en la cabeza. Debe haber caído contra un pico de un mueble... ¿Á qué hora y cómo? No puedo determinarlo...

— ¡Diablo! ¡Diablo! gruñó Thiboré, andando lentamente por la galería. ¿Y qué dice el doctor Routier?

— No puede decir nada hasta esta noche.

— ¿Pero cree que con mucho cuidado?...

Florencia bajó la cabeza sin responder y con aspecto de desesperación.

— ¡Diablo! ¡Diablo! repitió el tabernero. ¡Pobre señor Lefrançois! ¡Un hombre tan vigoroso y tan inteligente!... Sería una desgracia para el distrito... ¡Ese cuervo de cura le habrá hecho mal de ojo!

Malversín alzó los hombros. No creía en nada y mucho menos en las influencias ocultas. Si le hubieran dicho que el cura había matado á su enemigo para vengarse de él, lo hubiera creído; porque aquel hubiera sido un hecho material, positivo y explicable. Pero sonreía con lástima ante la idea de un sortilegio.

— ¡Esas son tonterías! dijo á Thiboré. El cura no es brujo. Bastante peligroso es por sí mismo para que aún le atribuyamos un poder sobrenatural.

Y volviéndose hacia Florencia, añadió:

— Si de algo servimos... Puede usted disponer de nosotros...

— Mucho se lo agradezco, pero por ahora no hay nada que hacer. Si hubiera algún cambio

en el estado del enfermo, avisaría á ustedes.

Se marcharon muy pensativos. El tono y el aspecto de la señora de Lefrançois había impresionado mal al exfarmacéutico. Le parecía que la joven estaba demasiado indiferente y como desconfiada y cautelosa. ¿Por qué? El accidente que ponía en peligro la vida del alcalde no resultaba muy comprensible. ¿Habría algún misterio? ¿Y cuál? Por instinto, Malversín se dirigió hacia donde estaban los criados. Le gustaba hablar con ellos porque así sabía siempre lo que hacían los amos. Precisamente en aquel momento estaba el ayuda de cámara sentado delante de la cochera, viendo lavar el coche del señor Lefrançois.

— Parece que el pobre alcalde no usará más su coche. ¡Pobre hombre! ¡Tan buen vividor!

— ¡Un vividor que va á tener mala muerte!

— Todas las muertes son malas, contestó Thiboré. Un perro vivo, vale más que un obispo enterrado.

— ¡Buen cambio va á haber en la casa, dijo Malversín.

— No será muy grande. Se dice que la señora hereda...

— ¡Buena viuda para consolarla!...

— ¡Oh! Ella ha arreglado eso de antemano. Thiboré y Malversín cambiaron una mirada.

— ¿Lo sospechaba el señor Lefrançois?

— Nada de eso, dijo el ayuda de cámara... Como no sospechase anoche mismo... Y tampoco, porque el señor y la señora cenaron juntos en el pabellón...

— ¿Cenaron?

— Sí, he encontrado está mañana los dos cubiertos...

— ¿Habían comido y bebido?

— Los dos vasos tenían vino... Pero no comieron mucho... Un ala de pollo, solamente, como si el señor hubiera sentido apetito y la señora le hubiera hecho compañía por no dejarle cenar solo...

— ¿Y después de eso ocurrió el accidente?

— Por lo visto.

Thiboré y el exfarmacéutico, muy asombrados, trataron de obtener más noticias de los criados, pero no lo consiguieron. La habilidad con que Florencia había disimulado siempre su conducta era una garantía contra la curiosidad de los domésticos. No era posible precisar nada contra ella y las suposiciones de aquella gente no tenían una base seria. Sin embargo, había dos hechos que podían servir de base á un proceso. La señora de Lefrançois tenía un amante y había cenado con alguien la noche del accidente.

Los dos compadres tomaron el camino de Favières sin decirse nada. Malversin reflexionaba y

Thiboré decapitaba con el bastón los cardos de la cuneta. Antes de llegar al pueblo, el farmacéutico se detuvo y dijo mirando fijamente al tabernero:

— Dime, Thiboré, ¿y si Lefrançois no se hubiera caído solo? ¿Y si le hubieran empujado?

— ¡Quién sabe!

— ¡Quién sabe! ¡Es preciso investigar!... Si la mujer de Lefrançois hereda, el negocio de esta noche es magnífico para ella...

— ¿Piensas acaso?...

— ¡Oh! Yo no acuso á nadie... Trato de comprender... Si el alcalde ha sido descalabrado, hay que saber cómo y por quién... No hablemos de esto á nadie; esperemos; y si descubrimos algo sospechoso ya veremos qué partido podemos sacar...

Entraron en la taberna de Thiboré. El guarda rural, sentado ante una botella de vino, los saludó con un ademán y les dijo riendo:

— Dentro de ocho días es la venta...

— ¿Qué venta?

— La del cura. Acabo de separarme de Preval, el alguacil de Beaumont... Ván á poner los trastos en la calle al carcunda.

— Antes pondrán á Lefrançois en el cementerio.

Fué preciso contarle la historia. Á medida que

Malversín avanzaba en su relato, Frottier manifestaba más asombro. Por fin, al llegar al punto decisivo del accidente de Lefrançois, el guarda rural dió un gran golpe en la mesa y dijo :

— El accidente no le ha ocurrido en su casa. Se burlan de nosotros. Anoche, á eso de las once, vi pasar al alcalde por su parque. Llegaba yo á la encrucijada del camino de Fresqueville cuando le vi con una escopeta en bandolera y andando quedo, como si espíase á alguien... Yo estaba de servicio con los gendarmes para echar mano á los cazadores furtivos que devastan la caza de Maisoncelle y creí que el alcalde habría querido ver por sí mismo si se cumplían sus órdenes...

— ¿ Él, salir de noche de su casa por unas cuantas liebres ó faisanes? ¡ Buena es esa !

— Ello es que estaba á las once en el campo ; esto es cierto ; no lo he soñado... Entró en el bosque y tomó la dirección de la cabaña... Un instante después le perdí de vista.

— ¿ Y qué hiciste después ?

— Fuí á reunirme con el cabo Jacquet y con el otro gendarme, que estaban echando unas copas en la Patte-d'Oie, y nos volvimos juntos por Bretoncelle... Á las once, se oyó un tiro hacia Fresqueville y yo dije á Jacquet : « ¿ Si se estará divirtiendo el alcalde en tirar á los conejos ? » y él me respondió : « Estas no son horas de cacería para

un magistrado municipal. » Hacía frío, la noche estaba clara y nos fuimos á nuestras casas sin averiguar lo que había pasado.

— ¿ Tenía el alcalde su escopeta ?

— Sí, en bandolera...

— ¡ De noche ! Es extraordinario...

— ¿ Sería para defenderse ?

— ¿ Para defenderse de quién ?

— ¿ Qué sé yo ?

— Evidentemente, no sabes nada. Nosotros tampoco, pero sabremos. Algo hay en el asunto y es preciso descubrir la verdad.

— ¿ Qué verdad ?

— Ya lo sabrás después.

Malversín, cuya curiosidad estaba ya excitada, no perdió un momento, se puso á hacer averiguaciones y después de mil rodeos llegó á salirse con la suya. En pocas horas supo que los gendarmes habían oído un tiro hacia la cabaña del bosque y que habían visto pasar al cura de Favières aquella misma noche, en dirección de Maisoncelle y conducido por un muchacho que llevaba una linterna. En este punto el farmacéutico se puso pensativo, pues sabía más de lo que había previsto y la situación, ya oscura, se complicaba notablemente con la salida del cura y con su presencia probable en el sitio de los sucesos. ¿ Existiría una relación entre estas expediciones simultáneas del cura y

del alcalde? ¿Se buscarían el uno al otro? ¿Existía alguna participación del padre Daniel en el accidente de que había sido víctima Lefrançois? ¡ Ah! ¡ Si se pudiera, no ya probarlo, sino insinuarlo solamente, qué golpe para el cura, qué venganza para sus enemigos, qué satisfacción para su víctima! Porque Lefrançois y todo el partido radical eran sin duda víctimas de las intrigas del cura...

Recordando todos los detalles que había recogido y tratando de coordinarlos como hubiera hecho un juez de instrucción para poner en claro la culpabilidad de un acusado, Malversín quiso examinar por sí mismo el terreno, cogió el bastón y el sombrero y se dirigió al extremo del parque de Fresqueville, en dirección del bosque.

Llegado al cruce de los dos caminos, se encaminó hacia la cabaña á que se referían los relatos hechos por el guarda rural y por los gendarmes y que él sabía que estaba abandonada hacía mucho tiempo, pues había entrado en ella con frecuencia cuando iba á hacer su provisión de hierbas medicinales. Ya en el sitio en cuestión, le examinó con método é hizo un círculo al rededor para examinar el terreno. No vió nada de extraordinario, sino unas pisadas de caballo en el sendero, pero esas huellas podían proceder del paso de los gendarmes. Visitó la cabaña por el exterior y descubrió el sitio en que Bernardo ataba el

caballo. El piso estaba allí pisoteado y endurecido, y los excrementos dejados por el animal probaban que éste había estado allí hacía poco tiempo. Algunos restos de avena caídos en el suelo indicaban que el caballo había comido en un saco atado á la cabeza.

Todo esto excitaba en alto grado el interés de Malversín. No comprendía nada, pero se daba cuenta de que el jinete de aquella cabalgadura había desempeñado un papel en el asunto. Se decidió por fin á entrar en la cabaña y allí los indicios, y más aún, las pruebas, se hicieron más abundantes. Dos anchos asientos, hechos de troncos, estaban juntos y la rugosa corteza de uno de ellos contenía un pedazo de tela de lana arrancado al traje de una mujer. Delante del otro asiento se veían unas pequeñas rayas trazadas regularmente en el suelo como con ruedas dentadas y que indicaban la presencia de un hombre con espuelas. El jinete tenía, pues, la costumbre de entrar allí y una mujer le acompañaba.

Puesto ya sobre una pista que no buscaba, Malversín resolvió llevar adelante sus observaciones y examinó los muros de argamasa. ¡ Cual fué su asombro al ver enfrente de la puerta la señal de un tiro! Sacó un cortaplumas, urgó delicadamente en el agujero y al cabo de un momento logró sacar cinco ó seis perdigones del

número 6, aplastados por la violencia del choque, como si el tiro hubiera sido disparado á boca de jarro. ¡Un tiro en aquella cabaña abandonada! ¿Por quién y contra quién se había disparado?

Continuando en sus observaciones, Malversín recogió la maza que había servido de arma á Bernardo. La examinó con atención y en las rugosidades del corte descubrió cabellos adheridos.

La claridad se hizo con eso tan completa, que no era posible dudar. El farmacéutico colocó con cuidado la maza en uno de los asientos de madera y salió. El tiro disparado, la maza caída en el centro de la cabaña, los dos asientos juntos, el caballo, todo se encadenaba con una precisión y una lógica incontrovertibles. La escopeta había sido la de Lefrançois; los cabellos adheridos á la maza eran de Lefrançois; la mujer era la de Lefrançois y el hombre del caballo y de las espuelas era un amante, que sorprendido por el marido, había defendido su vida y herídole para evitar el segundo tiro de la escopeta. Todo esto era evidente.

La hermosa Florencia, como sus criados habían dado á entender, se anticipaba á los consuelos que podía desear y engañaba á Lefrançois, el cual había llegado á advertirlo. Pero, ¿cómo descubrir al amante si el marido moría sin haber podido hablar?

Recorriendo los senderos del bosque que conducían á Favieres, Malversín murmuraba todas estas cosas y trataba de adoptar un plan de conducta. ¿Qué le importaba que la mujer de Lefrançois tuviese un amante, ni qué interés tenía en crear dificultades á esa gente? No los quería mal y además ¿era hábil poner al corriente á la justicia de cosas que ella no descubriría, desde el momento en que el cura no tenía nada que ver en el asunto? Y, sin embargo, el cura había salido aquella noche y los gendarmes le habían visto pasar. ¿Á qué hora había vuelto á su casa? ¿Por qué camino? ¿Ignoraba el drama de la cabaña? ¿No se podría mezclarle en él por una hábil maniobra? ¿Qué venganza para el alcalde moribundo hacer pesar sobre su enemigo la responsabilidad de su muerte! ¿Pero cómo?

Llegaba á Favieres y seguía la calle principal del pueblo, cuando encontró al doctor Routier que pasaba en su coche en dirección de Fresqueville. El médico detuvo el caballo y dijo á Malversín:

— El alcalde ha recobrado el conocimiento... Me han enviado á buscar... Acaso haya recurso todavía...

El farmacéutico subió de un salto al coche, se sentó al lado de Routier y dijo:

— Voy con usted. Quién sabe si podré ser útil

en el caso de ser necesaria alguna operación...

— Á fe mía, no veo cuál se podría intentar. El pobre hombre tiene una fractura del temporal. . y la operación del trépano es muy delicada... Se trata indudablemente de un derrame sanguíneo en el cerebro... ¡Ah! Se ha debido dar un terrible golpe, para tener la cabeza en tal estado...

— El alcalde es pesado, dijo evasivamente Malversín, y si ha caído de toda su altura...

— Sí. En fin, si ha recobrado el conocimiento, acaso pueda decir lo que le ha ocurrido.

Entraron en el patio del castillo y por la escalera principal llegaron al cuarto de Lefrançois. En la puerta les esperaba, pálida y preocupada, la mujer del herido. Desde que su marido parecía haber recobrado el uso de su pensamiento, Florencia era presa del mayor espanto. Lefrançois no pronunciaba ni una palabra, pero sus miradas eran duras y sombrías. Aceptaba sin resistencia los cuidados de su mujer aunque no parecía agradecerlos. Acaso no podía hablar y acaso también se reservaba para hacerlo cuando pudiera ventarse. Esto pensaba Florencia, llena de ansiedad por la suerte que le preparaba el porvenir. Malversín se aproximó á la cama al mismo tiempo que el médico y con él cambió el enfermo la primera mirada, al mismo tiempo que un ligero color rojo aparecía en sus mejillas. Lefrançois

hizo un movimiento, pero ese esfuerzo pareció que le había aniquilado, porque volvió á cerrar los ojos y perdió de nuevo el conocimiento. El médico, sin embargo, le hizo aspirar sales muy violentas, que provocaron una reacción.

El alcalde se reanimó y por segunda vez trató de ponerse en comunicación con Malversín. Una agitación repentina contrajo sus facciones é hizo oír una especie de estertor estridente, como si se esforzase por hablar y no pudiese.

— ¡Tiene algo que decirme, exclamó Malversín, y no puede!

Los ojos de Lefrançois se quedaron fijos y en sus labios lívidos se pintó una sonrisa dolorosa. En seguida agitó la cabeza.

— ¿Ven ustedes? quiere hablar... ¿Qué hacer, doctor, para ayudarle?

La mano del herido se agitó y sus dedos se crisparon.

— ¿Podría escribir? preguntó Malversín.

La mirada del alcalde se iluminó con un reflejo de alegría. Evidentemente quería escribir.

— ¡Dios mío! Señor Malversín, dijo Florencia, todo lo que usted dice y hace está fatigando al enfermo... Esperemos que haya recobrado un poco las fuerzas... Veremos entonces lo que podemos aventurar... Por el momento no pensemos más que en aliviarle...

El estertor de descontento silbó de nuevo en la garganta de Lefrançois y su mirada expresó una sombría ansiedad.

— ¿Lo ven ustedes? Bien claramente indica lo que quiere. No le contrariemos. Doctor, ¿quiere usted que le pongamos en la mano un lápiz y una hoja de papel?

— ¡Me opongo resueltamente! exclamó Florencia; van ustedes á matarle...

— ¡Y yo lo exijo! replicó Malversín. Es su voluntad y hay que respetarla.

— Hagan ustedes lo que quieran, pero van á ser causa de una desgracia... ¿Y para qué?

— Eso es lo que va á decirnos él mismo.

Con mucha precaución, el médico y Malversín levantaron la mano del herido y la colocaron sobre una hoja de papel puesta sobre la cama. En seguida pusieron entre sus dedos un lápiz que Lefrançois hizo correr sobre el pliego de papel con un movimiento decidido. Era un espectáculo espantoso el que ofrecía aquel moribundo tratando de trazar con mano desfallecida su pensamiento supremo. Tan grande era el esfuerzo que llevaba á cabo, que tenía las sienes y las mejillas cubiertas de sudor. Pero pronto la potencia superior de la voluntad dominó la inercia de la materia y el herido consiguió trazar algunas letras, grandes y deformes como las de un niño.

Después, como si sus fuerzas se hubieran agotado, exhaló un suspiro y se desvaneció.

— ¿Qué ha escrito? preguntó Malversín, que se apoderó del papel mientras el médico trataba de reanimar á Lefrançois.

Se aproximó á la ventana y dijo en tono de furiosa indignación, mostrando la hoja de papel:

— ¡Ya decía yo que tenía algo que confiarme! ¡Miren ustedes!

Y enseñó estas palabras temblonas, confusas, pero legibles, escritas por el alcalde: « Asesinado... el cura... »

— ¡Asesinado! exclamó Florencia palideciendo. ¿Qué significa esto? ¡Delirios de un enfermo! ¿Cómo y por quién ha podido ser asesinado?

— ¿Por quién? ¿No ve usted que él mismo lo dice? No ha podido escribir más que tres palabras y éstas han sido: « Asesinado »... y « el cura »... Tiene la cabeza rota y su enemigo notorio, público, mortal, es ese sacerdote del diablo... ¿No es esto una prueba evidente de que sabe bien lo que dice y de que su deposición — porque es una deposición — no es un delirio de enfermo? Por lo demás este asunto toma proporciones tan importantes y tan graves, que conviene dar parte al juzgado.

— ¿Piensa usted en eso? exclamó Florencia. ¿Cómo? Todo prueba que no es posible lo que

dice este pobre hombre, puesto que ha sido encontrado en su despacho, por mí, cuyo testimonio supongo que no recusará usted.

— ¡Eh! señora, se pueden haber introducido en el despacho. Se mata muy bien á las personas en su casa y precisamente es eso lo que se hace casi siempre... No hay necesidad de andar por los caminos para que le asesinen á uno.

— Pero hubiera oído algo desde mi cuarto.

— Su cuarto de usted está en el primer piso y el del señor Lefrançois en el bajo. Pudo usted estar dormida.

— No, no estaba acostada.

Malversín dirigió á Florencia una mirada tan rara, que la joven no insistió y pensó llena de espanto: « ¿Qué sospecha este hombre? ¿Cómo me ha mirado! ¿Adivinará lo sucedido? ¿Pero, cómo? Sin embargo, esa insistencia en hacer intervenir al cura y ese empeño en obtener el testimonio de mi marido, hacen suponer que ha recogido algún indicio de lo sucedido. ¿Será, acaso, que el fanatismo antirreligioso y el deseo de comprometer á ese infeliz á quien Lefrançois odiaba, le impulsa á tan peligrosas resoluciones? ¿Y qué significan las dos palabras: « asesinado » y « el cura »? ¿Qué ha querido decir? ¿Es una acusación atroz contra su enemigo? ¿Es solamente la indicación del único que puede re-

velar la verdad? En este caso Lefrançois es más dueño de sí mismo de lo que yo pensaba y hay que temerlo todo si recobra las fuerzas. »

Un escalofrío de angustia recorrió la espalda de la joven. Se vió cara á cara con su marido, acompañada de Bernardo, sometida á la responsabilidad del crimen, del que su amante no había sido más que autor material, y perdida para siempre. Su porvenir era caer de nuevo en la medianía de recursos, al lado de Guepín, después de haber conocido la independencia y el lujo. Se estremeció de cólera y de miedo. Sus ojos se volvieron con curiosidad de asesino hacia el herido para asegurarse de que seguía á punto de morir. No podía sufrir la idea de verle levantarse de aquel lecho de agonía, pues esto sería su perdición. Y en aquel terrible minuto cometió el nuevo crimen de desear la muerte de su marido y comprendió el veneno servido en una medicina y quitar la almohada de debajo de la cabeza durante un síncope, y aun apoyarla en la boca del moribundo si era preciso. Aquel hombre medio muerto que la amenazaba tan terriblemente le inspiraba un odio feroz y estaba pronta á no retroceder ante nada para asegurarse la impunidad. Malversín interrumpió estos horribles pensamientos al despedirse de Florencia.

— Dejo á usted, señora, con el doctor Routier,

que me ha prometido no abandonar al señor Lefrançois. Voy al telégrafo á dar las instrucciones para que se abra una información sin perder momento. Todos tenemos interés en ello y estoy seguro de que este es el deseo de mi pobre amigo.

— Hágalo usted si así cree cumplir con su deber.

Sola con el médico, Florencia quiso saber qué podía esperar.

— ¿Qué piensa usted, dijo, de la declaración que tanta importancia parece tener para el señor Malversín? ¿Será razonable ó habrá sido dictada por la fiebre?

— Señora, no sé qué decir á usted. Si ese acto resulta aislado y queda como única prueba de lucidez que haya dado el señor Lefrançois, habrá que aceptarlo con una reserva extremada. Si el hecho se repitiese, confirmado por pruebas nuevas, sería prudente tener en cuenta esa persistencia, que demostraría una voluntad seria y deliberada... Esto sería ya muy grave.

— Yo creo, doctor, que ha sido una alucinación de enfermo.

— También puede ser la declaración de una víctima.

— ¡Cómo! ¿Usted también?

— Diré á usted. Desde el primer momento me

pareció inexplicable la herida. ¡Semejante fractura por una caída tan poco violenta!... El cráneo es tan sólido, que para romperlo hace falta un golpe formidable. Antes de que el herido diese una declaración el golpe era incomprensible; ahora es muy claro. Su marido de usted ha sufrido una herida contundente cerca de la oreja. La señal es visible y el cabello está arrancado. Cayendo contra un mueble no se hubieran producido tales estragos.

— ¿Pero dónde le han herido, cómo y con qué?

— Ahí se detienen mis conjeturas. No tengo para qué buscar el cómo ni el porqué; mis observaciones se limitan á la herida. Esa es mi misión de médico. Para mí, la herida procede de un golpe y creo, en conciencia, que no se trata de un accidente, sino de un atentado.

— ¿Y dirá usted lo mismo á otras personas?

— Preciso será, si soy interrogado.

— ¿Qué hacer? ¿Qué decir? murmuró la joven con angustia. Todo esto es horroroso, increíble. Pero admitiendo la primera parte de la acusación, ¿cree usted en la segunda? ¡El cura! ¿Cree usted que el padre Daniel?...

— ¡Oh! no, señora. Nada prueba, por otra parte, que las palabras escritas signifiquen que ha sido el cura el que le ha herido. Se puede entender eso de muchos modos. Acaso el señor Lefrançois

ha querido decir que el cura sabe quién es el asesino. Acaso quería llamarle y nos estamos perdiendo en conjeturas por lo que es completamente sencillo. Sintióse muy malo, el señor Lefrançois puede haber querido que se hiciese venir un sacerdote... ¡El cura! ¿Quién nos dice que se trata del de Favières? Hay otros curas en el país; el de Ourscamps, el de Clinchamps... No creo que esas palabras sean una designación del matador... Sería absurdo y eso haría dudar de la acusación clara y precisa formulada al principio.

— ¡Ah! ¿Lo ve usted?

— Pero las medicinas enérgicas que se administran al herido pueden despejarle el cerebro y entonces hablará ó escribirá, al menos, para completar su pensamiento.

— ¡Ay! Pero este pobre hombre no se salvará...

— No hay que desesperar, aunque el caso sea muy grave.

Se acercaron á la cama. El herido permanecía inmóvil y en el mismo estado de sopor. Pasados los cortos momentos de lucidez que había experimentado, había caído de nuevo en el letargo. Y así se deslizaron las horas, ocupadas en los cuidados que ordenaba el médico, sin resultado apreciable, y por las idas y venidas con que la joven desahogaba su impaciencia. Á eso de las

tres, entró en el patio un coche y se detuvo en la escalinata. Detrás llegó un ómnibus del ferrocarril. Y con el corazón angustiado, Florencia vió bajar tres hombres vestidos de negro, que entraron en el vestíbulo conducidos por Malversín. El comisario de policía entró detrás, acompañado por el alguacil del Juzgado, huraño y amenazador con su fealdad de curial.

Florencia los recibió en el salón á tiempo que ellos estaban ya examinándolo todo con sospechosa curiosidad. Malversín les había enseñado la lección en el camino y estaban todo lo prevenidos que podían estarlo unos funcionarios decididos á no marcharse sin haber descubierto un criminal.

— Señora, dijo Malversín, indicando á un hombrecillo calvo, con cabeza de pájaro plumón; el señor juez Hubert, que viene á instruir el asunto...

— ¡El asunto! interrumpió la señora de Lefrançois. Hasta que se demuestre lo contrario, insisto en creer que en este triste caso no hay más que un accidente desgraciado. De todos modos, confío en la sagacidad de ustedes para decidirlo.

La belleza de Florencia empezó á producir su efecto en el juez, que intentó una sonrisa que le hizo parecer más espantoso, y replicó con voz agria, mirando á la joven por encima de las gafas:

— Crea usted, señora, que tendré muy en cuenta lo que usted se sirva decirme. Sé con quién trato y haré todo lo posible para no excitar la sensibilidad de usted... ¿Está aquí el médico que cuida al señor Lefrançois?

El doctor Routier se presentó y se preparaba á entrar en explicaciones, pero el magistrado le interrumpió preguntándole con aire imperioso :

— ¿Se encuentra el herido en estado de oirme?

— Lo dudo.

— ¡Ah! Sin embargo, habló esta mañana...

— No, señor juez, no habló : escribió.

— Sí, aquí tengo la hoja de papel... Pero esas indicaciones son muy vagas... ¿Cree usted que podremos obtener otras?

— Lo intentaremos.

— ¿Sin peligro para el herido?

— Con peligro de su vida ; no puedo ocultarlo.

— Convendría, sin embargo, saber... Hace un momento iba usted á darme su opinión sobre la herida y yo le interrumpí... Hable usted ahora. ¿Se trata de una caída?

La mirada de Florencia se dirigió suplicante hacia el médico. Éste bajó la cabeza, pero respondió concienzudamente :

— No lo creo... No puedo, en conciencia, creerlo... Y, sin embargo, ¿cómo explicar el hecho?

— Eso es cuenta mía, dijo secamente el juez. Límitese usted á informarme... y yo me encargo de lo demás. ¿Es decir que, según usted, se trata de un golpe asestado por una mano criminal?

— Es probable.

— ¿Con gran fuerza? ¿Por una mano vigorosa?

— Con una fuerza terrible y por la mano de un hombre excepcionalmente forzado.

— ¡Ah! Por una mano de hombre... ¿Descarta usted desde luego la hipótesis de que haya herido una mujer?

— Ni sirviéndose de un mazo con las dos manos creo que una mujer hubiera podido producir tal fractura de un solo golpe.

— ¿No ha habido, entonces, más que uno?

— ¡Oh! De eso respondo en absoluto.

— Bueno.

El magistrado dirigió á Florencia una mirada que significaba tan claramente : « Ya está usted fuera de causa hasta nueva información », que la señora de Lefrançois palideció de angustia y de vergüenza. El juez abrió la puerta del cuarto del banquero y entró sin pedir permiso y como si estuviera en su casa. La joven, el médico y los dos hombres del juzgado le siguieron. El magistrado se aproximó á la cama, miró al herido con un interés de oficio y dijo volviéndose hacia uno de sus acompañantes :

— Doctor, ¿quiere usted reconocer al señor Lefrançois?...

Y añadió dirigiéndose á Routier :

— El doctor Jolefroi, médico forense.

El médico de pueblo se inclinó con deferencia ante su colega oficial y se dispuso á ayudar la diligencia ordenada por el juez.

Florencia seguía aterrorizada las fases de aquel drama cuya gravedad y consecuencias posibles ella sola podía prever.

— Todo lo diagnosticado por mi colega es exacto y admisible, declaró después de algún tiempo el forense. El golpe ha sido dado con una violencia extrema y es propio de un atleta... Además, ha sido único... El estado del herido es de los más graves y creo que tendrá consecuencias mortales...

— ¿Cree usted posible darle la lucidez necesaria para que pueda respondernos?

— No lo creo. Á consecuencia del derrame sanguíneo debe haber una ataxia completa.

— ¿Puede tener conocimiento?

— Momentáneamente, sí, puesto que escribió algunas palabras esta mañana...

— ¿Se puede intentar hacerle escribir otra vez?

— Será arriesgar su vida.

— ¿Está perdido sin remedio?

— Así lo creo.

— Obedezcamos entonces al interés supremo de la justicia, dijo el juez con firmeza.

Los dos médicos se inclinaron entonces sobre Lefrançois y por medio de reactivos enérgicos trataron de reanimar la sensibilidad del moribundo. Aquellos hombres luchando con la muerte, cuyas sombras envolvían ya á un desgraciado, y tratando de arrancarle un secreto que él solo podía revelar, constituían un espectáculo aterrador. Pero á pesar de todos sus esfuerzos, Lefrançois, con los ojos cerrados y lívidos los labios, permaneció inerte. Al cabo de una hora el juez empezó á perder la paciencia, y después de haber dado algunos paseos por el cuarto con aire pensativo, se dirigió al comisario de policía y le dijo casi en voz baja :

— Vaya usted á buscar al padre Daniel.

— ¡Cómo! señor juez, exclamó Florencia, ¿intenta usted?...

— Carear al cura con el señor Lefrançois, sí, señora.

— ¿Pero qué espera usted de ese paso?

— Acaso una revelación decisiva. El cura de Favieres tiene seguramente datos personales sobre este asunto y quiero ponerle en el caso de darnoslos.

Se volvió hacia el comisario, que estaba esperando, y dijo con firmeza :

— Vaya usted en seguida. Tome uno de los coches que hay abajo y que antes de media hora esté aquí el padre Daniel. Ruéguele usted que le acompañe y sea con él muy respetuoso.

Un solemne silencio reinaba en la habitación. Florencia se dejó caer, espantada, en un sillón, y en la cama y respirando con trabajo, la vida del enfermo se extinguía poco á poco.

XI

— Señor cura, dijo el juez, sírvase usted decirnos lo que sepa sobre el golpe que ha puesto en peligro de muerte al señor Lefrançois...

El sacerdote dirigió al magistrado una mirada dulce y tranquila y respondió con naturalidad :

— Señor juez de instrucción, no puedo responder á la pregunta que usted me hace.

— ¡Cuidado! interrumpió el juez; eso es en cierto modo declarar que está usted informado... Llamo á usted la atención sobre la gravedad de sus palabras.

— Las he pensado, señor juez, pero ruego á usted encarecidamente que no altere su verdadero sentido. Que no pueda responder no quiere decir que sepa lo ocurrido y que me niegue á revelarlo.

Hubo un momento de silencio pesado y abrumador. El juez examinaba al sacerdote y al verle